IRIS

HOJAS CAIDAS



UN REMORDIMIENTO

(A mi amigo Omer Emeth)

El libro de Shade, *Un Remordimiento*, me ha hecho la misma impresión que hiciera en mi alma el cuadro de la Gioconda, visto en dos épocas diversas de mi vida.

Cuando tenía yo quince años, la sonrisa enigmática y burlona de Monna Lisa, me presentaba la vida como un sendero de rosas, aquellos labios levemente picarescos me invitaban á vivir no sé qué voluptuosidades tiernas y deliciosas; el misterio de las pupilas en su misma profundidad me parecía una promesa de infinito...

En aquella época, durante muchas tardes cayeron las sombras en la sala del Museo del Louvre, y yo permanecía ahí, clavada por la sujestión de una sonrisa joven y confiada...

Todo eso era el reflejo de mis quince años...

El colorido tan suavemente armónico del cuadro en que parece que los tonos se han fundido bajo la mano del tiempo—ese gran espiritualizador—da una impresión de vida más pura y más flna, que jamás hemos conocido.

Hay una placidez voluptuosa en aquella mujer que sonríe apenas y que parece contener el secreto de un ardor más casto en su misma intensidad, como si recobrásemos la pureza primitiva dentro de la exaltación de sentimientos muy hondos!

El conjunto de aquella obra maestra me producía en el aturdimiento de mi primera edad, cierto reposo extático.

Diez años después volví á colocarme ante la misma tela de la Gioconda, á la caída de una tarde cualquiera, creyendo encontrar la dulce emoción de mi primera juventud.

El cuadro me pareció obscurecido, un pliegue de melancolía se había dibujado en las comisuras de la boca, un desencanto se reflejaba en las pupilas, y por vez primera reparé en el fondo desolado, sobre el cual se destaca la figura...

Ese fondo tempestuoso de tarde invernal se me presentaba por primera vez después de tantos años á que vivía interiorizada en el alma de esa mujer misteriosa... ó que, por lo menos, yo creía estarlo!

¡Y qué fondo aquel! Unos senderitos solitarios, tristísimos, que arrancan del primer plan, que se escurren á través de cordilleras, que se alejan, que se tuercen, que se esquivan y que se pierden en un confín de témpanos de hielo, de desolación vacía y helada!

Aquellos senderos se dilataban ante mis ojos cada vez más desolados, cada vez más estrechos y más tristes, hasta perderse en la soledad de las nieves eternas...

Y yo comprendí entonces que la tristeza de esa perspectiva es el comentario profundo de la figura que se destaca sobre ella.

Dentro de esa armonía superior, que es el privilegio del arte, Leonardo de Vinci no pudo encontrar un fondo, más adecuado al alma de esa mujer que vivió quizas intensamente y que tuvo que recorrer los senderos de atravieso,

los caminos torcidos, sin los cuales no habría llegado á la plenitud de sus sensaciones.

Y esos caminos en que se aventura la vida cuando es muy amplia, ó muy honda, conducen á los témpanos de hielo... á las desolaciones absolutas!

Idéntica impresión he recibido en el libro de Shade. Aquel espíritu de mujer, fresco, móvil riquísimo que yo admiraba con entusiasmo de amateur en conversaciones, en cartas, en artículos, ese espíritu prime sautier, que cual la Monna Lisa de mis primeros años me invitaba á tender el vuelo hacia la inmensidad de un horizonte infinito, hoy se me presenta en el libro que acaba de publicarse con un fondo de melancólico excepticismo, como si todas las rutas exploradas, como si todos los esfuerzos realizados no hubieran alcanzado más que el frío de la duda, la tristeza de un supremo desencanto!

Aquella creatura intuitiva y delicada que posee una asombrosa ductilidad para producir la belleza bajo todas las formas, desde su voz cálidad que toma en el canto todos los matices de su espíritu y todos los apasionamientos de su corazón, hasta sus manos flexibles y firmes

que saben arrancar del piano la varias melodías, interpretando á los genios del arte musical, pues, esta creatura de selección en su libro, que no es más que el diálogo de su dualidad interior, nos muestra, también, un fondo de tristeza, que parece contener la interrogación suprema.

Ella pregunta y no responde, investiga y no afirma, busca y no halla...

El esfuerzo de sinceridad que su libro denota, me complace por encima de todo.

La autora nos muestra en las páginas de Un Remordimiento, la historia de dos almas; pero, en realidad, no es más que el diálogo interior que cada uno de nosotros sostiene consigo mismo.

En cada sér humano hablan, por lo menos, dos personajes, el joven excéptico y pagano que cree en la vida, que se embriaga y se complace, y la señora de más edad que le reprocha su inconsciencia y hace centellear ante sus ojos los reflejos de ideales más altos y de esperanzas más dilatadas!

El joven aquél, práctico y confiado, que quiere gozar de la vida—imajen perfecta de nuestro Yó personal—se siente cohibido por esa otra dama—símbolo del alma—mujer de más edad, que ha vislumbrado el misterio eterno, que se siente llamada al sacrificio, que sufre y que lucha!

La complicación de lo divino se establece entre lo humano que aquel joven representa en su amor y en su confianza en la vida y lo eterno que aquella mujer deja traslucir en sus visiones místicas.

La seguridad del joven no tranquiliza á la señora y la inquietud de la señora perturba al joven.

Ella tiene mejores razones para estar inquieta, que él para permanecer confiado...

No logra ella ciertamente llevarlo á su punto de vista, pero, en todo caso, lo saca de su reposo y lo deja en marcha, ¡quién sabe á dónde!...

Es un asunto muy bien escojido para pintar esa lucha, por cierto la más interesante, que libran sin tregua en nosotros los dos Yó: el pasajero de un día, con el huésped solitario de la eternidad.

Mientras el uno quiere acampar en el óasis, el otro quiere levantar la tienda y proseguir viaje á través del desierto infinito... á través del seco arenal y del fugitivo horizonte!

Esta lucha se empeña en toda alma que posee un grado suficiente de desarrollo espiritual.

Al elejir un joven excéptico y una mujer religiosa para entablar el diálogo, la autora ha sido sumamente feliz.

El hombre, por razones de naturaleza, comprende siempre mejor la parte práctica ó material de la vida, tanto como la mujer la desconoce y tiene el presentimiento de lo sobrenatural...

Parece que la mujer estuviese condenada á ignorar ciertos grandes aspectos de la vida humana que el hombre domina, sólo para ser más capaz de percibir y de vivir en lo divino.

Su aparente inferioridad física y mental es una grandeza moral y espiritual...

Las luces que le niega su cerebro, se las devuelve centuplicadas su corazón en una esfera superior á la de la conciencia humana...

Esas dos personas de sexos distintos, de edades diversas, joven el uno y madura la otra, reflejan bien las dos tendencias más marcadas de nuestra vida interior, el corazón eternamen-

te niño que busca sus satisfacciones aquí abajo, y el alma vieja que desprecia la vida y cifra sus felicidades más allá...

El diálogo se empeña en el retiro del campo, en comunión abierta con la naturaleza que los rodea.

Nuestro yó, íntimo, necesita siempre de la soledad y del apartamiento para hacerse sensible.

Esas dos personas, ó sea, esas dos corrientes de nuestra vida interior, se descubren en un rincón apartado, en el silencio campestre, en la intimidad normal de la vida de familia.

Se acercan esas dos creaturas y discurren, dando cada cual sus luces.

El comprende la vida temporal y ella la vida eterna.

El admira la sabiduría de las leyes naturales, ella percibe los prodigios de la vida, oculta é intangible.

Todos los temas que abordan presentan sus dos faces, la humana y la divina, y ambos discuten con un brillo de imágenes, con una poesía de sentimientos, que hacen de aquel diálogo un canto continuado.

El joven dá sus razonamientos claros, de

muestra la precisión de sus observaciones, la exactitud y la lógica de un espíritu perfectamente equilibrado; ella dá su intuición femenina, su videncia secreta, sus revelaciones íntimas, derramando por do quiera la intensa poesía de un alma abierta á las solicitaciones de la vida universal, dentro de un temperamento riquísimo, complejo y móvil como la vida misma.

Ella posee un sortilegio que embellece todo lo que toca; si entra en un jardín, las flores se animan á su paso, toman fisonomías humanas, algunos pétalos parecen *labios sonrosados de niños que se maravillasen*.

La soledad le habla, deja oír para ella sus voces sutiles, le anima un mundo de palpitantes visiones, le dirije palabras tiernas de esperanza y de aliento.

Los astros de la noche al congregarse en la celeste esfera, le proclaman los principios eternos en perpetua alianza con las necesidades pasajeras dentro de la solidaridad del infinito.

Los aspectos más altos ó más humildes de la vida, toman significaciones profundas á sus ojos, todo encuentra repercusión, todo vibra en su alma de mujer...

A través de las disertaciones, de los juicios

críticos que componen aquel diálogo, se descubre un fondo doloroso, que es como la tela sobre la cual se han bordado tantas flores de ingenio y de belleza.

De aquel canto á la vida surje siempre como el *leit motir* de una melodía, el desconsuelo de un alma atormentada...

Aquella música nos embriaga, nos seduce, pero su cadencia lánguida y triste, nos hace sentir el encanto fugaz de una cosa bella que se escapa... á pesar de nuestros esfuerzos para retenerla!

El alma de esa mujer tan exquisita, que se ha aventurado en tantos caminos, que ha explorado tantas soledades, se siente triste, no halla la respuesta de sus anhelos inmensos, no está segura de la verdad de sus ideales.

La vida de acá no la satisface, y la vida de allá... se deja vislumbrar tan sólo, pero no se muestra en la absoluta fe de una creencia!

Ella busca, está inquieta: malgré moi l'infini me tourmente, parece exclamar entre suspiros con el poeta del dolor...

A lo que yo respondería con las palabras del Cristo del Misterio, de Pascal: Tu ne me chercherais pas si tu ne me possédais... Ne t'inquiete donc pas!

¡Cuánto se han comentado al rededor de *Un Remordimiento*, los pequeños defectos de detalle, que en nada alteran la belleza del conjunto!

Esos críticos que sólo ven las cosas insignificantes sin percibir las bellezas, me hacen pensar en cierta señora del gran mundo, que ante el más bello horizonte de esta tierra, visto á través del cristal de una ventana, sólo se ocupó en limpiar con su guante albo y fresco, las empañaduras leves que los insectos dejaron en el vidrio, sin reparar un instanté en el maravilloso paisaje que se desplegaba á nuestros ojos!

¡Cuántos críticos de Shade, de los que nunca han manejado pluma, sólo han visto, como la dama de mi recuerdo, las pequeñitas manchas que las moscas dejaron en el cristal de la visión de esa mujer, que embellece todo lo que está al alcance de su espíritu!

Asimismo, se le ha reprochado, como un crimen contra la lengua de Cervantes, los títulos, las frases ó las dedicatorias en idiomas extranjeros.

En esa manera particular de sentir sólo han descubierto la más atrevida de las *poses*.

Yo estoy cierta que ningún artista de alma hará honradamente ese cargo, pues, los pensamientos ó las emociones que se han concebido ó que se han sentido, quién sabe por qué atavismo ó extraño misterio de intimidad en una lengua, no se pueden verter á otra sin cometer una profanación de la belleza.

Conozco muchos de esos fenómenos que escapan al análisis, pero que se imponen de hecho, ya que en materia de arte no hay más verdad que la emoción propia.

Tal persona nacida en país de habla castellana, escribe sus cartas íntimas en francés, tal otra lee el Evangelio ó reza en inglés. ¿Por qué? No lo sabemos, pero el hecho es que la intimidad las lleva á emplear otra lengua que la nativa.

En todo caso, porque en ese idioma encuentran la expresión más adecuada de su alma.

De lo que estoy segura es de que ningún artista atenúa la belleza de una frase por temor á la crítica, pues, no sería artista legítimo el que no sintiera que el arte prima por encima de todas las consideraciones.

Se ha solido reprochar á la autora la abundancia de las citas, pretendiendo que ese afán de erudición es otra forma de vanidad. ¿No encerrará más bien la modestia de dejar hablar á otros que expresan mejor que nosotros, lo mismo que sentimos?

También se ha dicho por ahí, no sé dónde, que Shade se ha vestido con la sotana de un abate francés...

¡Cuánto más le habría valido al abate adornarse con las perlas y con los encajes del estilo de la autora, que á ella trocar la gracia de su atavío por la rigidez de la túnica eclesiástica!

Puede que hayan notado en el comentario de las Siete palabras, de Aurora Boreal, cierta banalidad muy extraña en el estilo original y brillante de la autora, pero esa banalidad no creo que se deba atribuír á una imitación, sino más bien á que los textos evangélicos, á fuerza de ser comentados por personas que no perciben todo su alcance, llegan á parecernos desesperantes de vulgaridad, si no nos damos la pena de remontar á su origen, aplicándoles nuestra propia visión interior, en

vez de aceptar otra que quizas queda debajo de nuestra facultad comprensiva, y es incapaz, por lo tanto, de hablar á nuestra alma, el lenguaje equivalente al grado de espiritualidad que poseemos.

Las faltas contra la gramática que el libro tenga, no las he descubierto, porque nunca he sido presentada á tan adusta persona.

No hay tampoco ningún derecho para exigir que las mujeres escriban conforme á las reglas, cuando se nos cierran las puertas de las academias, y si á eso se añade la deficiencia, por no decir la nulidad absoluta, de la educación que recibimos, queda de sobra demostrada la inferioridad de la mujer para realizar una obra cualquiera, respecto del hombre, que le lleva toca clase de ventajas.

Además, la obra de arte necesita, para producirse, de una libertad que la mujer no puede tener por razones de su sexo y por las imposiciones sociales, que en este país, son más fuertes que en parte alguna del mundo.

El hecho es que con faltas más ó menos, con giros en francés, con títulos en latín, Shade ha escrito un bellísimo libro, que nos descubre la vida interior y que nos hace penetrar al santuario inaccesible, donde nuestros huéspedes, el joven pagano y la dama cristiana, pelean el gran combate, cuyo triunfo definitivo ha de coronar la Fé, que no discute porque posee la plena luz de la Verdad...

